

Construyendo sospechas: imaginarios del miedo, segregación urbana y exclusión social en Cartagena 1956-1971*

Orlando Deavila Pertuz
Universidad de Cartagena

Resumen

En 1971 se adelantaron las obras de traslado de más 1300 familias del barrio Chambacú, ubicadas a menos de un centenar de metros del Centro Histórico de Cartagena. Desde los medios de comunicación se había acompañado esta iniciativa durante años, defendiéndola como la única alternativa para encaminar a la ciudad hacia el desarrollo económico y su constitución como principal ciudad turística de Colombia. Este acompañamiento se tradujo en construir una imagen extremadamente negativa de los habitantes del barrio, en aras de presentarlos como un peligro latente para la sociedad cartagenera. El miedo hacia los chambaculeros, años más tarde, los condenaría a la exclusión social, y engendraría claros patrones de segregación urbana.

Palabras clave: Chambacú, imaginarios del miedo, segregación urbana, reubicación, exclusión social, medios masivos de comunicación, desarrollo turístico.

Abstract

In 1971 took place the relocation of more than 1300 families of the Chambacú neighborhood, located less than a hundred meters of the Historical Zone of Cartagena. For years, this idea was shared by the mass media, identifying it as the only alternative to redirect the city towards the economic development and to its constitution as the most important tourist destination in Colombia. This sharing became into the building up of a negative image about the neighborhood inhabitants, aiming at showing them as a possible danger to the society of Cartagena. The fear towards the chambaculeros, years later, might have condemned them to the social exclusion, and would bring up clear patterns of urban segregation.

Key Words: Chambacú, fear imaginaries, urban segregation, relocation, social exclusion, mass media, tourist development.

La humillación de los inferiores es necesaria para mantener el orden social.

Madame de Segviné (s XVI)

Los psicólogos, sostienen que el miedo es un recurso natural, con el que todo individuo nace, y del cual se vale para relacionarse con el entorno adyacente. Más allá de la explicación del miedo como una condición natural o instintiva, debe ser entendido como el resultado de una construcción social y cultural, en la medida en que surge del conjunto de las relaciones sociales, del diálogo constante entre el individuo y su medio. En estas circunstancias el miedo deja de ser resultado de las percepciones autónomas

* Building Up Suspicions: Fear Imaginaries, Urban Segregation and Social Exclusion in Cartagena 1956 - 1971.

del individuo, para ser fruto de la interacción social, ya que surge de una relación interminable entre el individuo y el medio social que lo circunda.

El miedo como construcción social, cumple exactamente las mismas funciones que el miedo instintivo. Orienta, censura, estereotipa, valora y evalúa. Pero es en el plano de la cultura urbana donde el miedo adquiere su función primordial. Este se convierte en un componente constitutivo del mapa cognitivo que cada individuo construye sobre su ciudad. El *mapa cognitivo* no es más que un conjunto de representaciones de los espacios elaborados por el individuo desde un proceso psicológico de percepción y cognición. Sirve como un sistema de adaptación a los problemas espaciales (González Vergara: 2004, 31 -38), una especie de “cartografía mental”, si se quiere.

Aunque la ciudad emita informaciones aparentemente homogéneas, las formas de aprehender todas las expresiones urbanas dependen en gran medida del individuo que las aprehende. El habitante construye su *mapa cognitivo* por medio de un proceso de *percepción y cognición* plagado de miradas subjetivas. La condición mental y social del individuo diseña, a través sus propias experiencias de vida, la guía para entenderse y desplazarse en la ciudad: “La imagen de ciudad¹ se da como construcción de las relaciones subjetivas del ser humano con su medio. La ciudad es percibida a través de las preocupaciones sociales, culturales y económicas propias de cada individuo. Los espacios urbanos son apropiados y divididos por cada persona de acuerdo con sistemas de referencia propio” (Bailly citado por González Vergara: 2004, 45). Hay quienes afirman que la imagen de la ciudad surge como producto de: “la sensación inmediata y del recuerdo de experiencias anteriores, y se utiliza para interpretar la información y orientar la acción” (Lynch: 2000, 13)

Del mapa cognitivo se deriva la imagen de la ciudad, y de esta se deriva el imaginario del miedo, entendido como: “la invención personal o colectiva que se hace de la ciudad que tiene como fundamento la vivencia cotidiana de la inseguridad, y que permite que se constituya una representación determinada de los espacios urbanos, principalmente los públicos. Es desde los imaginarios del miedo que se constituyen las formas de nombrar (y estigmatizar) estos sitios y sujetos sociales identificados con la inseguridad y el riesgo” (Martel y Baires: 2006, 140)

Esto permite entender el papel que juega el miedo como el resultado de un proceso de construcción social. Y es apenas comprensible que siendo el miedo un aspecto tan fundamental de los imaginarios urbanos, sea utilizado en función de los intereses de grupos sociales que diseñan las políticas públicas para el desarrollo de las ciudades. ¿Qué pasa cuando el miedo está tan presente en la comunidad que impide la libre apropiación de la ciudad por parte del ciudadano? ¿De qué manera el miedo puede justificar la toma de medidas que en apariencia conducen al progreso de una ciudad? ¿Hasta qué punto estas medidas construyen un progreso global, si anteriormente se ha partido de construir sospechas delictivas sobre comunidades que habitan espacios

¹ Entendemos entonces la imagen de la ciudad también como el producto último del mapa cognitivo del habitante urbano. Según Paula González la imagen de la ciudad: “comprende por un lado, una representación global de esta, es decir, que el ciudadano reconoce la ciudad, la distingue como entidad separada de otras, le otorga unas identidades, unos atributos y características que le son propias”. (González: 2004, 39). El pionero de los estudios teóricos sobre imagen de ciudad, Kevin Lynch la define como: “el resultado de un proceso bilateral entre el observador y su medio ambiente. El medio ambiente sugiere distinciones y relaciones, y el observador –con gran adaptabilidad y a luz de sus propios objetivos –escoge, organiza y dota de significado lo que ve.” (Lynch: 2000, 15)

estratégicos? Estas preguntas permiten analizar la instrumentalización del miedo como un factor fundamental para justificar la exclusión, la marginación, e inclusive, la total desaparición de la identidad de una comunidad del mundo urbano. Esto es clave para entender las consecuencias del miedo, que pueden ser por demás nefastas en el proceso de integración social de la urbe.

El miedo eleva muros físicos y mentales que impiden el libre desplazamiento en la ciudad, crea espacios aparentemente impenetrables, la fragmenta, la convierte en un espacio de desencuentro más que de encuentro; masacra la convivencia urbana, reconstruye comunidades humanas, evalúa, categoriza, estigmatiza, excluye sujetos sociales, y en el peor de los casos, legitima su eliminación sistemática. En conclusión, el desarrollo de la ciudad y la sociedad en ella contenida, termina siendo moldeada entre otras cosas por el miedo y sus derivaciones.

En Cartagena, una ciudad marcada por la violencia urbana y la inseguridad ciudadana, los efectos del miedo pueden perfectamente alcanzar los niveles ya expuestos. En efecto, así sucedió cuando en 1971, se inició la diáspora de 1.300 familias provenientes del barrio Chambacú² hacia cinco puntos distintos de la ciudad. El recibimiento, que se hizo en algunos de estos puntos no fue precisamente el más solidario. Mirados como agentes del mal, delincuentes en masa, o como desviados morales, tuvieron que enfrentar todas las formas de exclusión social. Esta fue la consecuencia natural de un estigma llevado a cuesta por décadas, un estigma construido y avalado por los medios de comunicación local, por el gobierno, y apropiado por el resto de la ciudadanía. Un estigma, que a pesar del transcurrir de los años, todavía parece estar vigente.

Inmorales, violentos, drogadictos y promiscuos

En 1956, el Instituto de Crédito Territorial publicó una pequeña cartilla donde resumía los pormenores del proyecto de regeneración de tugurios, que tenía como fin inmediato la reubicación definitiva de los pobladores del barrio Chambacú. Estos pobladores fueron definidos por el Instituto como: “gentes desnutridas y descalzas y ociosos niños y adolescentes desnudos, con adultos desempleados y adictos a la marihuana, con hombres y mujeres minados por la sífilis y la tuberculosis viviendo hacinados y en la más inmoral de las promiscuidades...” (Inscredial: 1956). Según el Inscredial, los chambaculeros habían caído en la más baja degradación humana, condición que había sido facilitada por la pérdida de la moral, por el continuo contacto con personas de similar “status”, pero sobre todo, por lo que ellos identificaron como “la desidia tropical de la raza” (Inscredial: 1955). No existen mejores palabras que las retomadas por el Instituto de Crédito Territorial para describir cual era la imagen que para la época se había construido y popularizado de Chambacú y los chambaculeros.

Chambacú, desde la prensa, por ejemplo, era representada no tanto como un barrio o como un asentamiento ni mucho menos como una comunidad; era simplemente

² Chambacú o la Isla de Elba, era un empobrecido tugurio ubicado a contados metros del Centro Histórico de Cartagena. Su origen se remonta a los años 20 cuando comenzó a ser invadido por familias provenientes de algunos barrios de la ciudad y de corregimientos cercanos. Desde 1955 se concretó entre el Instituto de Crédito Territorial y el Municipio, la iniciativa de erradicación del barrio que solamente sería efectuada en 1971. De acuerdo a investigaciones en archivos y revisiones bibliográficas, he podido establecer que La población reubicada alcanzaba las 11.000 personas, de las cuales un poco más del 95% era de raza negra.

entendido como “El Problema de Chambacú”. Problema, en la medida en que se convertía en un obstáculo para que Cartagena se erigiera como el principal destino turístico del país. Esa sería la bandera de la lucha emprendida por las autoridades locales y los sectores económicos interesados en el desarrollo turístico de la ciudad, y el principal argumento contra de la permanencia de los habitantes de Chambacú. Para los sectores dominantes de Cartagena, la consecución del progreso material era una tarea inevitable e inaplazable, y el empobrecido tugurio se erguía como el más sobresaliente obstáculo. En un texto publicado en el diario El Fígaro, órgano informativo de la facción más radical del conservatismo local, se destacaba el anhelo de que Cartagena alcanzara el tan esperado progreso, aunque al tiempo se advertía de las vicisitudes que tal progreso podía traer:

Ansío ardientemente el progreso de Cartagena, que ha sido una de las obsesiones de mi vida. **Pero, le tengo al mismo tiempo terror.** Porque esta ciudad no esta diseñada ni hecha materialmente para el intenso trajín de la época moderna. Me pongo a pensar, por ejemplo, en lo que sería la vida de los pobres cartageneros si a esta ciudad le metiéramos siquiera cien mil habitantes y cuatro mil automóviles. Y con solo pensarlo me horrorizo. No habría manera de transitar por nuestras calles. El embotellamiento sería permanente y sin manera de remediarlo a menos de que se tumbe media ciudad y se arruine nuestro tesoro arquitectónico. Los problemas de alcantarillado que ahora son pavorosos, se multiplicarían al infinito. El mercado crecería hasta invadir todo lo que es el Parque Centenario y Getsemaní: Chambacú se volvería sobre San Diego. Que se yo. Eso sería la autentica debacle.³

Una “auténtica debacle”, así exactamente era percibida la posibilidad de que algún día los tugurios invadieran la ciudad que, indiferente y con sospecha miraba, a Chambacú desde la otra orilla. Y como una “auténtica debacle” era considerado para muchos, que Chambacú conservara su posición original, mientras Cartagena intentaba a toda costa orientar sus esfuerzos para su constitución como nuevo polo de desarrollo turístico de la nación.

El turismo urbano tiene la particularidad de vivir de una imagen de ciudad que rara vez coincide con la realidad (Saunders: 2005). Con Chambacú, a menos de 100 metros del Centro Histórico de la ciudad, la realidad superaba la imagen con creces. De allí que en 1967, cuando la Avenida Pedro de Heredia fue trazada sobre el centro mismo del barrio, uno de los urbanizadores que adelantaban el proceso proponía que se construyeran tapias o muros al pie de la avenida, para impedir que turistas y locales estuvieran expuestos al “doloroso cuadro” de miseria. El comparaba esa labor con: “barrer un salón de recibo y ocultar la basura bajo las alfombras”. El urbanizador concluía asegurando que dicha labor: “al menos es el único recurso práctico para evitarle a la ciudad esa vergüenza”⁴

También amparándose en la imaginada previsión de los riesgos que para la Cartagena Turística representaba la presencia de Chambacú, el historiador cartagenero Eduardo Lemaitre, quien para la época era la cabeza visible de la facción doctrinaria del Partido Conservador a nivel local, afirmaba que cualquiera que pretendiera perpetuar el barrio

³ El Fígaro. Cartagena, 15 al 21 de Febrero de 1960. Archivo Histórico de Cartagena (En adelante A.H.C), el subrayado es mío.

⁴ Diario de la Costa, Cartagena, 1 de Julio de 1967. Biblioteca Nacional de Colombia (en adelante BNC).

en su lugar original truncaría: “para siempre el porvenir turístico internacional de la ciudad, que con la presencia de Chambacú actual, quedará duramente afectado ya que a nadie se le ocurre que los norteamericanos se van a desplazar desde su patria hasta la nuestra por el gusto de contemplar el espectáculo que ofrecen actualmente las calles de Chambacú.”⁵

El pronunciamiento de Lemaitre, fue la reacción contra las voces que impulsaban la idea de que los chambaculeros permanecieran allí instalados, pero bajo mejores condiciones de vida⁶. Por supuesto, fueron muchas las reacciones y las voces que llamaban a que se sometiera a consideración esta propuesta. El llamado general era a la cordura, argumentando que Chambacú había cruzado la delgada línea de la moral, y que su presencia a pocos metros del centro de la ciudad se convertiría mas temprano que tarde en un problema para el orden social establecido. En torno al tema, Martín Alonso Pinzón, un joven político conservador de la época, aseguraba que Chambacú se había convertido en:

(...) un desafío a la higiene, a la moral, a la ley, a la estética y a la civilización, es una palabra horrenda que huele a miseria, que implica vida infrahumana, que suscita delincuencia y simboliza la incuria de una ciudad que ve pasar las hojas del calendario sin importarles la suerte de miles de seres sumidos en el abandono.⁷

Estos argumentos esgrimidos desde la prensa por algunos prominentes políticos y periodistas cartageneros contra los habitantes de Chambacú, contribuían a fortalecer y popularizar una imagen negativa de los habitantes de de este sector de la ciudad. En la medida en que el debate tomaba cuerpo, se hizo común que el nivel de discriminación hacia los chambaculeros aumentara, sobre todo, cuando se preveía la posibilidad de que la reubicación nunca fuera efectuada. Es así como los argumentos de la prensa para defender su erradicación, trascendían de señalar el detrimento que Chambacú representaba para el ornato de la ciudad a los argumentos sobre el desgaste moral y la descomposición social, de la cual eran portadores los habitantes del barrio. Era imposible, se afirmaba, que existiera moralidad: “donde convivan gentes de diferentes sexos; los niños pierden la inocencia y los adultos el pudor lo cual, incita la inmoralidad entre los hijos”⁸.

Estos reiterados señalamientos, que convertían a los chambaculeros en sospechosos perpetuos, y la enfática discriminación de la que eran objeto, no solo suscitaban un miedo por el peligro que ellos pudieran representar para el futuro turístico de la ciudad o para el orden público, sino que además generaban un miedo de carácter socio-moral, donde se temía a los chambaculeros por el riesgo que ellos personificaban para el orden social y moral. Este miedo es el que algunos investigadores han observado que se deriva del “...contacto con aquellos a quienes se considera potencialmente una amenaza o una mala influencia. Este factor, que es en últimas el miedo al estigmatizado, el miedo a ese ‘otro’” (Niño, Rozo, Vega y Lugo: 1998, 61-62)

⁵ El Fígaro. Cartagena, 14 de Enero de 1960. A.H.C.

⁶ Esta iniciativa era impulsada desde el Diario de la Costa, periódico rival de El Fígaro. Diario de la Costa. 6 de Octubre de 1959. BNC

⁷ El Fígaro. Cartagena, 3 de Septiembre de 1959. A.H.C.

⁸ El Fígaro. Cartagena, 1 al 7 de Febrero de 1960. A.H.C.

Desde la prensa se denunciaban las costumbres “inmorales” de los chambaculeros, su propensión al crimen y a la trasgresión de lo “debidamente” acordado, la miseria física a la que estaban condenados por su “propia determinación”, el estado insalubre de su entorno y de su estilo de vida, su incapacidad, en resumen, de pensar por sí solos, y la aparente insensatez de quienes creyeran que ellos estaban en capacidad de autogestionarse un mejor mañana. Cuando llegó a proponerse la posibilidad de que a los chambaculeros se les otorgara una indemnización en efectivo en una eventual reubicación, el político conservador Martín Alonso Pinzón, desde el diario El Fígaro respondió:

Igualmente inoperante resulta una iniciativa de esta índole cuando se piensa que los habitantes de Chambacú no poseen capacidad económica suficiente para edificar, sin descontar la hipótesis de que, la irresponsabilidad de algunos los conduciría a ferirse en una noche, el precio irrisorio en pago de las tablas y cartones que les sirven de refugio.⁹

Cuando un grupo es señalado como desviado, divergente o simplemente distinto, se asume también que sus miembros: “son incapaces de utilizar las oportunidades de progreso existentes en diversos caminos aprobados por la sociedad; muestran un abierto desacato a sus superiores, así como carecen de piedad. Ellos representan fracasos en los esquemas motivacionales de la sociedad” (Goffman: 2003, 160). Algunos creían entonces que si existiera la oportunidad de hacer progresar a los chambaculeros, ellos debían ser tomados de la mano para que caminaran por el sendero correcto, evitando así que tomaran un rumbo distinto al deseado.

Los señalamientos continuaron hasta el punto de sindicarse a los chambaculeros como violentos asaltantes, criminales y transgresores del orden establecido. La razón: haberse apropiado de un terreno particular, evidentemente sub-utilizado, veinte años atrás. Desde el diario el Fígaro, se afirmaba que los chambaculeros se consideraban “dueños de lo que se apropiaron de manera violenta” y proponen como única solución “que se construyan casas amplias, sanas y cómodas y con todas las reglas de la higiene, y se les de en forma gratuita, como premio por su hazaña”. A esto se le agrega más adelante:

Tal parece que en la ciudad se ha admitido por las autoridades, que lo que se adquiere por asalto es respetable y que la duración en la posesión por un número de años por una cosa apropiada por violencia constituye título de propiedad, que el Gobierno debe reconocer. Solo así se explica que gentes ricas y pobres tomen los terrenos municipales, se queden con ellos y los gobernantes los admitan por cobardía o por complacencia.¹⁰

De ser una comunidad sumida en las más desgraciadas condiciones infrahumanas, Chambacú terminó siendo identificado como una comunidad de hombres y mujeres que se apropiaron violentamente de lo que no les correspondía. La intolerancia de algunos sectores de la clase dominante llegó a ser tal, que cualquier acción realizada por los habitantes de Chambacú era tomada como una acción violenta, sin importar el contexto bajo el cual hubiese sido efectuada. Salta a la luz un lenguaje autoritario, polarizado, que no admite diálogos ni consensos; un lenguaje inmunizado a la contradicción (Mattelart: 1983, 77).

⁹ El Fígaro. Cartagena, 3 de Septiembre de 1959. A.H.C.

¹⁰ El Fígaro. 1 al 7 de Febrero de 1960. A.H.C.

El nacimiento del miedo

Exactamente un mes antes de que la reubicación comenzara a ser efectuada, la prensa publicó una columna bajo el titular: “¡Chambacú, dice no!”. En ella evidenciaban el rechazo de un buen número de habitantes del barrio a la posibilidad de ser re-instalados en cualquier otro lugar de Cartagena. Los argumentos no podían ser más dicientes: temían el desprecio por parte de los nuevos vecinos, el tener que enfrentarse a un medio social potencialmente hostil. Ante las declaraciones de los chambaculeros, la columnista respondió afirmando que todas estas actitudes, que ella definiera como “ideologías rebeldes”, eran lógicas “dentro de los poquísimos conocimientos cívicos que poseen los habitantes de Chambacú”, comunidad que para ella encajaba dentro del perfil de una “guarida de hampones”.¹¹

La acción parcializada de los medios de comunicación frente a la situación histórica de Chambacú, siempre fue un común denominador. En este caso, el papel jugado por los medios fue más allá de ser un simple conducto de información, para convertirse en un actor protagónico del proceso de erradicación del barrio. Desde el momento mismo en que la erradicación del mismo comenzó a fraguarse, los medios de comunicación, y concretamente la prensa, tomaron partido a favor o en contra. Con los años, y ante la inminencia de la reubicación definitiva de los habitantes, todos los medios se sumaron a la misma empresa: defender, justificar o impulsar el proceso. Fue así como la prensa insistió en elaborar una imagen extremadamente negativa de Chambacú y los chambaculeros. La pregunta que cabría formularse es ¿hasta que punto esta imagen elaborada desde los medios tuvo alguna influencia en el imaginario del miedo de los cartageneros?

Sería difícil cuantificar que proporción del rechazo hacia los chambaculeros fue resultado de la amplísima y prolongada campaña de desprestigio emprendida desde la prensa local contra ellos. No obstante, no existe lugar a dudas sobre el papel que los medios de comunicación juegan dentro de la construcción del imaginario del miedo y de la geografía de la inseguridad. Se parte del principio de que gran parte del miedo hacia un espacio físico de la ciudad, o hacia un sujeto urbano específico, es el producto ante todo de la experiencia pasiva, antes que de una experiencia directa con el objeto temido (Niño, Rozo, Vega y Lugo: 1998, 77).

Como se dijo antes, el miedo es una construcción social fruto de la interacción comunicativa, que parte de las relaciones eternas entre el individuo y su medio social. Ningún sujeto podría elaborar una imagen de la realidad en la que él está incluido sin retomar las experiencias externas (Niño, Rozo, Vega y Lugo: 1998, 16). Experiencias que bien pueden ser transmitidas desde los medios masivos de comunicación. Ellos suelen autoconcebirse como defensores de un “orden público único e indiscutible”, categorizan, evalúan y califican un espacio físico y a los sujetos sociales que allí residen. De esa manera, “el lenguaje mediático alberga y soporta estructuras estereotipadas de significación sobre grupos sociales determinados”. El resultado final son “marcas territoriales”, donde el ciudadano deposita sus más profundos temores (Carrión y Núñez: 2006, 8-13).

¹¹ Diario de la Costa, Cartagena, 18 de Julio de 1971. BBC

Una pequeña digresión: para el caso de la ciudad de San Salvador (El Salvador), existen tres fuentes de donde provienen las imágenes de lo inseguro: experiencias personales, relatos de otras personas y relatos difundidos por los medios de comunicación. En el caso de esta ciudad, los medios son precisamente los entes que se han encargado de repetir: “de manera recurrente los mapas de la inseguridad que la Policía Nacional Civil tiene de los lugares. Los usuarios de la Comunidad Iberias reconocen que la imagen que de ellos y de su zona tiene la población es en buena parte por lo que en los medios se dice de ellos.” (Martel y Baires: 2006, 113)

Los chambaculeros jamás ignoraron la imagen que sobre ellos se había construido. De allí, la resistencia a trasladarse a un nuevo, e impredecible, entorno social. Desde varios años atrás, se fraguaba una empresa en varios sectores de la ciudad para impedir que los pobladores de Chambacú fueran trasladados en las cercanías de sus lugares de residencia. En 1956, las directivas del Colegio Biffi, un colegio católico y femenino ubicado en las afueras de la ciudad, elevaron su voz de protesta contra la posibilidad de que Chambacú pudiera ser reubicado en las cercanías del plantel. Argumentaban que por razones de índole “moral” el traslado les era inconveniente. La respuesta que les fue enviada por el Concejo Municipal debió haberle puesto punto final a sus temores: los habitantes de la isla jamás serían reubicados allí.

El transcurrir de los años no trajo consigo una mejor respuesta por parte de las potenciales comunidades receptoras¹² de la diáspora chambaculera. En 1969, en reuniones concertadas entre el Instituto de Crédito Territorial y las comunidades, se comprobó el rechazo al programa trazado por el Instituto. Sostenían que no existían las condiciones materiales, ni de equipamiento urbano en la zona, para acoger a más personas. Añadían que sus propiedades comenzarían a desvalorizarse progresivamente. Todo esto enmarcado en la “inseguridad social, debido a las condiciones mismas de los pobladores de Chambacú”. Eran en total seis barrios quienes se oponían al traslado tal como estaba siendo planeado: Bruselas, Paraguay, España, Juan XXIII, Amberes y el Bosque.

No obstante, la posición de las comunidades receptoras variaba de acuerdo a las condiciones materiales en que se encontrara y la conveniencia social que la llegada de estos habitantes representara. Los barrios circunvecinos al Nuevo Porvenir (Fredonia, El Porvenir y la Magdalena) uno de los espacios habilitados para el traslado de los habitantes de Chambacú, aplaudían la iniciativa emprendida por el Instituto de Crédito Territorial. Estaban concientes de que con la construcción de una nueva urbanización en los alrededores, era posible que ellos también se vieran beneficiados con la instalación de los servicios de agua y alcantarillado, de los cuales adolecían. Las comunidades aledañas a República de Venezuela, otro centro receptor, fueron indiferentes ante el traslado (Del Río, Osorio, Palma: 1976, 25-26).

Dos cosas resultan evidentes. Primero, que el miedo no es una convención social unánime. Se halla sujeta a las conveniencias, a las subjetividades y a las circunstancias coyunturales. El territorio mismo, inclusive, es interpretado desde una visión subjetiva: “en donde su uso está dado por la medición entre la idea que se interpone entre el espacio y el ser humano; es una creación cultural y solo se entienden sus códigos desde

¹² Los habitantes de Chambacú fueron reubicados en cinco urbanizaciones distintas: Chiquinquirá, República de Venezuela, Paraguay, Las Lomas y Nuevo Porvenir.

donde se proceden” (Niño, Rozo, Lugo, Vega: 1998, 87). Y segundo, que el imaginario del miedo trae consecuencias reales.

Los efectos del estigma

Cuando la señora Rosa de Toppin, quien viviera en Chambacú un par de años antes de su erradicación, arribó a su nuevo hogar en el barrio Paraguay en 1972, recuerda haber escuchado con toda claridad a una mujer que desde la entrada de su hogar gritó a viva voz: “Ahora nos matarán hasta en la puerta de nuestras casas”¹³. El miedo socialmente construido y agenciado por los medios en muchas ocasiones, comenzaba a traer sus consecuencias. Hoy, los más de 35 años transcurridos no han bastado para olvidar la primera expresión de rechazo que muchos sintieron al llegar a sus nuevos domicilios. Y no lo han olvidado porque además esta sería la primera de muchas experiencias desagradables vividas a lo largo de este tiempo.

Cuando los investigadores Soledad Niño, Nelson Lugo, César Rozo y Leonardo Vega resaltaban el hecho de que, en Bogotá, los ciudadanos temieran más a los peligros derivados de la inseguridad que a ser víctimas de un fenómeno natural, se preguntaban si los: “flujos de información están contribuyendo a educar al ciudadano para vivir mas seguro o por el contrario se lo está previniendo para que se niegue voluntariamente a la ciudad” (Niño, Rozo, Lugo, Vega: 1998, 63). La pregunta es más que válida, por supuesto. El miedo ha contribuido progresivamente a generar una cultura de rechazo a la ciudad. Esta última, que originalmente debería estar instituida como una “comunidad de encuentro”, termina convertida en una “comunidad para el desencuentro”. El espacio público, escenario de materialización de la ciudadanía plena, es abandonado a su suerte, así como las calles terminan desprovistas de vida (Guerrero: 2006,134) En conclusión, el habitante urbano entrega involuntariamente su territorio.

Entregar de manera obligada un territorio, implica necesariamente que alguien más se apropie del mismo, tal como pasó en Chambacú. En América Latina se han venido gestando en las últimas décadas dos procesos urbanos bien definidos: la remodelación espacial de la ciudad, expresada sobre todo en la recuperación de los centros históricos, proceso impulsado en Cartagena desde 1970, y los proyectos de regeneración urbana, donde se da una reconversión del espacio público, al cual solamente se podrá tener acceso en la medida en que el ciudadano se convierta en consumidor.

Lo confirma el caso de la Avenida 24 de Mayo en la ciudad de Quito Ecuador, décadas atrás espacio de encuentro del mundo rural y del mundo urbano, recientemente sede de cantinas, prostíbulos, hoteles, yerbateros. Adquirió, en esencia, una “condición simbólica vinculada a los sectores populares”. No obstante, para las élites locales, y la opinión pública, este era el escenario de las más deplorables costumbres. De allí surgió la iniciativa de “recuperación” del espacio, que ha consistido, como lo afirman Carrión y Núñez, en vaciar de contenido social el entorno, para después promocionarlo como una “caja negra que debe ser sorteada a como de lugar” (Carrión y Núñez: 2006, 15)

Renovar el espacio, implica necesariamente adelantar una reorganización social. Y una reorganización social, no es posible si no existe una justificación. De esta manera el imaginario del miedo, la geografía de la inseguridad, y en especial, la estigmatización

¹³ Entrevista realizada a Rosa de Toppin, antigua habitante del barrio Chambacú, hoy residente del barrio Paraguay, el 29 de Julio del 2007.

de los actores sociales, se convierten en un instrumento que termina asumiendo un papel determinante en la configuración del espacio urbano, y en una herramienta fundamental para generar las políticas de producción y control del espacio. (Carrión y Núñez: 2006,16).

El papel ejercido por los medios de comunicación en la construcción de una imagen negativa sobre Chambacú tenía como fin impulsar una iniciativa para el progreso económico de la ciudad, en definitiva, convirtiendo a Cartagena en uno de los polos de desarrollo turístico del país. Para ello esta imagen negativa serviría como paso fundamental en este proyecto en la medida en que servía para la regeneración urbana.

Mas allá de los fines que pudieran haber existido para justificar la reubicación de Chambacú, cuando el temor cruza la línea de lo real, y se interna en la fantasía, las consecuencias pueden ser devastadoras. El miedo colectivo tiene la capacidad de construir fronteras físicas e imaginarias, barreras, rupturas, escenarios de fragmentación social. Llega inclusive a definir los parámetros de la segregación urbana.

El papel que el imaginario del miedo, y las dinámicas sociales, desempeñaron en los patrones de segregación urbana en Cartagena queda evidenciado en la forma en que se gestó la reubicación de los chambaculeros. Ante el llamado de una de las comunidades receptoras, agrupada en los barrios de Bruselas, Paraguay, España, Juan XXIII, Amberes y el Bosque, para impedir que pobladores de la isla fueran reubicados, la Junta de Acción Comunal del barrio Paraguay aceptó el traslado con la condición de que allí fuera colocado “lo mejor de Chambacú”.¹⁴ Y de esa manera se hizo. Los chambaculeros que poseían las mejores condiciones de vida fueron reubicados allí. Los demás fueron repartidos entre los otros cuatro puntos receptores. Por otro lado, vale aclarar que un escalón menos en el nivel de vida significaba un par de kilómetros más de distancia con respecto al centro de la ciudad.

Entre todos los puntos receptores, uno poseía una condición especial: la urbanización Nuevo Porvenir. El Instituto de Crédito Territorial decidió reubicar allí a quienes, según su consideración, eran poseedores de una: “baja cultura, educación, salud, alimentación y en especial la carencia de relaciones sociales por sus integrantes afectados, por la selección política existente en Chambacú, en su gran mayoría estas familias cuenta con uno o dos antisociales con una gran pericia en este tipo de labores” (Fontalvo: 1972, 41-42). Según el Incredial, eran por demás, mentirosos, débiles, vagos, de conducta desfigurada, egoístas e incapacitados intelectuales. La solución para ellos propuesta: reubicarlos lo más distante que fuera posible, exactamente a 10 kilómetros de distancia del centro de la ciudad. En la urbanización Nuevo Porvenir fueron reubicados en instalaciones incompletas, sin servicios comunales, sin escuelas, y con calles mal terminadas (Fontalvo: 1972, 41-42).

Precisamente, 13 años atrás una columna publicada en el Diario de la Costa se invitaba a las autoridades que tenían a su cargo los planes de reubicación de los vecinos de Chambacú, a que “clasificaran” a los habitantes: “conforme a su condición moral, social y económica; separando los elementos sanos de los insanos, formando pequeños grupos que pueden ser aceptados y asimilados por otros grupos sociales”. Partían del argumento de que era: “peligroso, injusto y anticientífico, por no decir antisocial,

¹⁴ Entrevista a José Luís Castro, antiguo habitante de Chambacú, hoy residente del Barrio Paraguay, realizada el 29 de Octubre del 2006.

trasladar en masa, a los habitantes de Chambacú, cerca de otras zonas habitadas por gentes que no han dado margen para que sus barrios sean sindicados de peligrosos...”¹⁵

Hoy, 36 años después, Nuevo Porvenir registra altos índices de violencia y de consumo de estupefacientes. Hoy, 36 años después, una línea imaginaria divide algunas calles del barrio Paraguay, que los viejos residentes del sector, y los venidos del barrio Chambacú evitan cruzar siempre que sea posible. 36 años después el miedo sigue cobrando sus consecuencias, la ciudad sigue siendo extremadamente fragmentada y con una débil integración social. 36 años después los niveles de pobreza en Cartagena sobresalen por encima de los niveles de pobreza urbana del resto del país.

Conclusión

El imaginario del miedo instrumentalizado por los sectores dominantes de Cartagena terminó cumpliendo con su tarea en 1971, cuando la reubicación de los chambaculeros logró ser efectuada. “Recuperado” el espacio, todo estaba dispuesto para que el nuevo Chambacú fuera la punta de lanza para el progreso de la ciudad. 36 años después nada de lo anteriormente planeado, por fuera del éxodo de la comunidad, terminó siendo concretado; es más, ni siquiera los diferentes proyectos turísticos a desarrollarse en el sector se han concluido.

Por décadas, Chambacú no fue más que un playón completamente inhabitado. En los años 90, el terreno terminó pasando a manos particulares, después de un supuesto caso de corrupción que implicó a varias figuras del orden político nacional. Por otro lado, la industria turística cartagenera todavía no alcanza a posicionarse en el marco internacional del Caribe; inclusive, en el plano nacional, Bogotá sigue registrando un mayor número de visitantes extranjeros que Cartagena, según los últimos datos del Ministerio de Comercio, Industria y Turismo¹⁶. Claro está, entonces, que los sueños de la clase dominante están todavía por construirse. Pero lo que también está claro, es que el miedo que tanto ellos avalaron produjo patrones de segregación urbana que dibujaron una ciudad dividida, inequitativa, polarizada, y paradójicamente, todavía sitiada por el miedo.

Bibliografía

- Paula González Vergara. *Imágenes de ciudad: percepción y cognición de niños de Bogotá*. Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo Observatorio de Cultura Urbana – Alcaldía Mayor de Bogotá. 2004
- Kevin Lynch. *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili. 2000
- Soledad Niño, Roza, Vega, Lugo. *Territorios del miedo: imaginarios de los ciudadanos*. Bogotá: TM Editores – Observatorio de Cultura Urbana. 1998
- Fernando Carrión – Jorge Núñez Vega. La inseguridad en la ciudad: hacia una comprensión de la producción social del miedo. En: Revista EURE N° 97. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile. 2006
- Gail Saunders. *Nassau, Heritage and the impact of tourism*. Ponencia presentada en el 37° Encuentro de la Asociación de Historiadores del Caribe. 2005.

¹⁵ Diario de la Costa. 10 de Octubre de 1958. BNC.

¹⁶ El Nuevo Siglo. 14 de Marzo del 2007. p 5 A.

www.mincomercio.gov.co/eContent/Documentos/Prensa/PrensaNacional/Marzo13-14-T.doc

Roxana Martel y Sonia Baires. Imaginarios del miedo y geografías de la inseguridad: construcción social y simbólica del espacio público en San Salvador. En: *Lugares e Imaginarios en la Metrópolis*. Alicia Lindón, Miguel Ángel Aguilar & Daniel Hiernaux (Coords.) Barcelona: Anthropos - UAM-I (2006).

Arnulfo del Río Pájaro – Omaira Osorio López – Luz Marina Palma Villareal. *Cambios operados de un grupo de familias erradicadas de Chambacú y relocalizadas en el barrio de Nuestra Señora de Chiquinquirá*. Tesis de Grado para optar por el título de “Licenciado en Trabajo Social”. Facultad de Trabajo Social – Universidad de Cartagena. 1976.

Graciela Fontalvo. *Diagnostico de una comunidad en proceso de erradicación y relocalización “Isla de Chambacú”*. Cartagena: Facultad de Trabajo Social. 1972

Irving Goffman. *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. 2003

Instituto de Crédito Territorial. *Zona Negra*. Bogota: ICT. 1955.

Instituto de Crédito Territorial. *Chambacú: Regeneración de una zona de tugurios*. Bogota: ICT. 1956.